

## La niña amarillecida

A la niña la ocupan en lavar cabezas. Tiene la cara de color amarillo pálido y el cuerpo desmedrado, de esqueleto que se niega a salir de la infancia y que carga con desgana los engordes en el pecho y en los cadriles. La niña viste anónima bata blanca.

Pero debo empezar por el principio y decir que aquel día —como en las novelas rosa— tenía una atmósfera singular, que era diferente a los otros y que yo presentía que algo nuevo iba a ocurrirme.

La peluquería que describo está ubicada (como dicen los americanos) en un sótano. Porque la niña amarilla lava cabezas de todos los tamaños y de todos los colores en una peluquería. De la puerta encristalada, a ras de la acera, unas escaleras empinadas bajan al sótano. El sótano se llama «Salón de belleza MARTE» (de otro mundo, claro).

Abro la puerta y veo a la niña con un periódico en la mano.

—¡Qué casualidad! En este momento estaba pensando en usted (yo suelo ir a esa salón cada dos o tres meses): estoy leyendo un artículo suyo —y blandía un ABC—.

Puse la expresión de humilde orgullo que la gente espera cuando nos comentan que leen lo que escribimos. Pasados el azoro y el acobardamiento, disfrazados en satisfacción, la niña la emprendió con mi cabeza. La trataba con demasiado come-

dimiento. Calculó el tono templado del agua, masajeó circularmente las sienas, hundió las puntas de los dedos en el codo y la coronilla, mientras preguntaba insistentemente si me hacía daño, si quería que frotase más fuerte, y yo que sí, que sí, que me gustaba que me frotasen muy fuerte.

A la niña avitaminada la conozca desde hace tiempo. Sé que tiene un novio fotógrafo de prensa, sé que lee mis artículos, parece que me admira. Pero en ese día reciente que estoy recordando ahora, y que dije que tenía una atmósfera singular, a la niña la encontré más amarilla, más enteca y más triste que nunca.

—¿Reflejo, plis, ineral, rulos del ocho...?

Y la niña que me dice:

—¿Ha leído usted mis poesías?

—No, ¿pero es que escribes?

—Sí, desde hace mucho. A casi todas las clientas les he enseñado mis poesías.

Me dejó en las manos tres pliegos sobados de un viejo dietario del 62. Yo me entretuve —necesité darme tiempo— en imaginar quién y para qué habría adquirido aquel cuaderno del HABER y el DEBE, y qué caminos de papeleras y trapeeros habría seguido hasta venir a ser pasto de las florecillas poéticas de la niña amarilla. Qué haberes y qué deberes se habrían anotado en sus páginas usadas y qué sentimientos, en «haber» y en «debe» de la niña poeta, en las por usar.

Pasé un rato con las páginas dobladas, sin desplegarlas, sin atreverme a leerlas..

En el primero de los poemas, la niña dice que vive en una cárcel y que sus carceleras la maltratan. Deben de ser la dueña y la oficiala mayor (a ésa, no voy a darle propina nunca más).

En otro de los poemas dice que vivimos en un mundo de *perjuicios* que son falsos. En otro: que tiene un camino llano por delante y que «él» se empeña en tirarla piedras al paso. En otro más:

mis ojos mis ojos son de agua  
que brota cuando tú me hablas.

Efectivamente, la niña tiene unos ojos transparentes, de agua clara; está muy bien buscada la metáfora. Pero, según dice el poema, no es un agua estancada y quieta, es un agua que brota, que salta, que se derrama.

Me dio qué pensar. Yo no sé nada de poesía, no entiendo nada; no me atrevo a enjuiciar un poema. Tampoco me atrevo a preguntar al poeta, creo que es indecoroso. La poesía se entiende o no.

Así que yo de inmediato estuve de acuerdo en que los ojos de la niña son de agua, de agua profunda. Y me parecería natural que esa agua plácida se arremolinase ligeramente cuando el vientecillo del parpadeo masculino (el del fotógrafo u otro) soplaste sobre ella. Pero resulta que no, que siguiendo al pie de la letra el segundo verso, ese agua brota, corre o fluye; de lago quieto, se hace manantial. ¿Y cuándo brota? «Cuando tú me hablas». Cuando él le habla, ¿Qué dirán sus palabras —digo yo— para que ese agua se alborote y aparezca, esto es, *parezca agua?*

Sentada bajo el trópico secador, cavilo con el papel doblado en las manos arregazadas. La niña amarilla también se queja (no sé si poesía es quejarse o atreverse a decir) en otro poema de que «él» tire piedras a su caminar fácil. Seguramente él tira piedras a sus ojos estancados, lisos y dóciles, y los hace llorar agua. «Palabras como piedras», podría titularse el poema, y en el título estaría contenida la explicación del sentimiento. Pero yo, angustiada por el insoportable calor del secador, no puedo concretar con claridad si es el sentimiento el sentido lo que se deduciría del supuesto título. Por un lado, está lo que se dice, que no tiene nada que ver con cierta realidad activa de la palabra (con una realidad como la de por ejemplo: «apaga el secador que ya debo de tener el pelo seco»): «mis ojos son de agua que brota cuando tú me hablas», son palabras engarzadas que no entendería un médico oftalmólogo. Nosotros, sí, porque los aficionados a estas cosas tenemos entendederas de manga ancha.

O sea, que primero vienen las palabras, tal cual. Luego viene la imagen entreoída, el paladeo visual de las palabras: uno ve los ojos de la niña manando a borbotones y una sombra de hombre detrás moviendo los labios. Y, por fin, viene el sentido, que es lo que la niña ha querido contarme a mí de lo que le pasa en su relación con un individuo (sea el fotógrafo de prensa o no): que él le dice cosas que le duelen muy hondo. Palabras que golpean como piedras.

Cuando terminan de peinarme, pago y salgo del sótano para comprobar que, en efecto, el día tiene una atmósfera singular. El día es un día importante. La niña amarilla, sin ser Proust, ha cambiado mi visión del mundo, ha producido con sus signos esmirriados esa pequeña catástrofe geológica de que habla —también metafóricamente— Julián Marías.

En esta media mañana soleada, al pisar la calle y el mundo exterior, sé algo más, una niña desvaída me ha enseñado con su dolor de amor que las palabras pueden ser, y hartas veces lo son, piedras.

De ahí deduzco, mientras cruzo de Marqués de Urquijo a Rosales, algo demorada en mi caminar tentaleante, el por qué de que muchas personas escuden sus ojos en los párpados cuando les hablamos o cuando nos hablan. De ahí que las palabras más dañinas, los pedruscos más gordos, nos vengan por correo o por el periódico (a veces, también por teléfono), y de ahí que —sin acudir a Freud o a Sartre— resulte claro el sadomasoquismo concentrado en el sentimiento amoroso, porque los cantos rodados de las palabras de amor —que matan— las suelen pronunciar los amantes en la cara; quieren asomarse al brocal de la pena de los amados.

Palabras como piedras que nos lanzamos a los ojos. Guijas, chinas, cantos, mampuestos. Palabras como tagüitas que golpean la superficie del alma que por los ojos mana.

Se me olvidaba decir, en la descripción de la niña, que alrededor de sus ojos tiene unas grandes ojeras.